32.3

En una remota isla perdida que siquiera alguien sabe cómo se llama, estaba un anciano, viviendo en una pequeña casa al resguardo del faro que alumbraba advirtiendo a todos los barcos acerca de la ubicación de este remoto lugar. Sin embargo, un movimiento advierte al anciano de que algo sucede, algo malo. Su primera reacción es salir a observar qué es lo que sucede con su faro, al llegar a él encuentra algunos daños, aunque nunca esperó que fueran tan grandes como lo que encontraría al entrar en dicho faro. Movimientos turbulentos sacudían las aguas, y él solo se preocupaba de cumplir su labor hasta el último minuto, por lo cual subió a observar quién se dirigía hacia la isla. Tomó su telescopio para observar a lo lejos una embarcación que iba directo hacia los remolinos, sin embargo, al llegar al foco, se da cuenta que este ha sido dañado por estructuras que han caído del faro, se encuentra roto, y no tiene recursos para alumbrar y advertir al barco. En ninguna posibilidad de recuperar las ampolletas o o hacer emerger alguna luz, así como las ampolletas de repuesto también se encuentran rotas. Preocupado por el hecho, se dirige hacia su casa para ver qué es lo que puede realizar, puesto que el no ver esta isla y que el faro no esté ejecutando su labor puede implicar serios daños para otras personas. Llega a su casa con su pequeña linterna, la cual acerca a una cortina para encenderle fuego. Probablemente jamás pensó en realizar esto a su casa, sin embargo, su preocupación por los demás lo llevó a dejar de pensar en cualquier cosa material que tuviera a su alcance. La casa estaba en llamas, sin embargo, estas llamas dieron la posibilidad de que el barco advirtiera la ubicación de la isla, y felizmente, pudiera virar para seguir un rumbo que no, eh, significara peligro alguno para la tripulación. El anciano, orgulloso por el hecho, se dirige hacia el faro adoptándolo como nuevo hogar, en el cual, finalmente, toma un descanso.